

nal. A nadie le conviniera tanto como á la Reina esta conversión de Barnave; nadie como ella debía demostrar tal conversión obra en aquel orador debida por modo natural á sus meditaciones íntimas y no á influencias regias. Pero, coqueta rematada de suyo, aunque honradísima mujer y santa madre, atribúyela en sus conversaciones particulares á los atractivos propios de su belleza, misteriosa la explota y la conduce, no como deben las convenciones honradas, como si fuese una conjuración amañadísima en Palacio contra la libertad y el Parlamento. Y si creyéndole de veras devoto á su persona, y aun adorador, le hubiera guardado lealtad, todo podía perdonársele. Pero no le guarda lealtad ninguna. Copia de su puño y letra la epístola escrita por Barnave para que la expida, cual obra de Antonieta, sin alteración, á su hermano Leopoldo, y después de haberla copiado y remitido, envía por otro conducto un recadito á su hermano diciéndole cómo fuera compelida por caso de fuerza mayor, llamándole, para demostrárselo, su atención sobre lo propio del lenguaje y lo correcto del estilo en tal documento, contrarios por completo á su lenguaje y á su estilo. Ahora mismo, en la suprema coyuntura de sacrificar un ministerio constitucional conocido, y traer un ministerio misterioso como el compuesto por verdaderos republicanos cual eran los girondinos, escribe notas contradictorias á las cortes donde reinan ó gobiernan príncipes de su familia como Viena y Bruselas y Nápoles y Florencia; consiente que se den unas instrucciones á los embajadores oficiales del Estado contradictorias con las que dan ella y su marido á los embajadores oficiosos del Palacio; escribe un borrador tras otro borrador con las proclamas dirigibles al pueblo francés para combatirlo y contentarlo al mismo tiempo; espoza documentos diplomáticos tirando á castigar su nación y no perder su cabeza; con todo lo cual arma una culebra contradictorios planes parecida en sus cilíndricos enroscamientos á los dantescos embudos del infierno. Así compromete á sus amigos en confidencias peligrosas y embajadas temerarias, protege contra el ayuntamiento constitucional presidido por Bailly, que siempre la hubiera sostenido mientras ella no faltase á la Constitución, el ayuntamiento revolucionario presidido por Pétion que debía descabezarla; sugiere los retraimientos de las Cámaras á sus diputados que dan el poder con este suicidio á todos los radicales y á todos los radicalismos; quiere y no quiere la cooperación de los emigrados, llamándolos unas veces leales otras enemigos traidores; concluye por desavenirse de su propia cuñada Isabel, quien á su vez conspira contra ella en las cortes europeas, y hace de la política regia un reloquero tan espantoso que nadie allí en Palacio se entiende y todos se dan de cabezadas, ora en la resignación y conformidad del Rey con todo cuanto pueda sobrevenir, ora en la neurosis de Antonieta, precipitándose por cuantos senderos á su vista se abrían y cayendo así en todos los abismos.

Los girondinos llegan inesperados y súbitamente á la política. Nadie sabía su existencia, pues, con tantas tribunas como hablaban y con tantas reuniones como había; removi-

do el fondo de la sociedad por huracanes que sacaban el depósito de sus profundidades á la superficie; facilitado el acceso á la opinión y á la fama por los periódicos y los clubs; no podía imaginarse pensando con eso, la existencia de una legión heroica y elocuente, idónea todavía para sostener el verbo nuevo revelador en su gloriosa resonancia y para continuar la revolución en toda su viva intensidad. Los constituyentes de diversas categorías y partidos diversos creían difícil continuar á Mirabeau en arte, á Barnave en consejo, á Lafayette en popularidad, á Bailly en saber, á Camilo en vena é inspiración, á Sieyès en habilidad, á Talleyrand en diplomacia y á tantas y tantos como habían hablado por modo maravilloso y combatido con heroísmo, gozando ese poder moral, á que llamamos influencia. Ver de pronto marcado con el sello de una región especial, crecido número de legionarios, imbuídos todos del espíritu nuevo, poseedores de maravillosa elocuencia, heroicos hasta el sacrificio y el martirio, ambiciosos y desinteresados; con pasiones exaltadas por el ideal progresivo; anhelosos así de difundir ideas nuevas como de recoger en sus manos los viejos resortes del gobierno, para ponerlos á servicio de los adelantos sociales; ver esto debía maravillar mucho á los que imaginaban irreemplazable la Constituyente primera é imposible hallar en Francia, no ya quien la superase, quien pudiese igualarla. Todas las aptitudes varias, la buena fe general, el desinterés y el patriotismo de la Gironda no sólo se han discutido mucho, se han casi negado por completo; pero lo que nadie niega ni puede negar es la común inteligencia de estos hombres y el común heroísmo con que fueron primero al combate, luego al triunfo y por último al martirio. Lo más difícil de hallar en la Historia Natural es el tipo intermedio de las especies y los anillos que juntan unos reinos con otros reinos de la Naturaleza en el Universo. Ya sabéis que dicen los darwinistas haberse ahogado en los mares indios el mono antropoide, anillo entre la familia humana y la familia simia. El hongo, vegetal exhalando como los animales el oxígeno y absorbiendo el carbónico, representa una particularidad. Entre los vivos no se halla el eslabón donde se halla el reptil con el ave, se halla entre los fósiles, en el ornithorinco que por su naturaleza puede volar como el águila y arrastrarse como la serpiente. Al girondino le ha tocado en la Historia Natural de los tiempos revolucionarios aparecer como el tipo intermedio entre la primera y la segunda revolución. Mas, como la segunda, continuación en el fondo de la primera, pues se hacía y organizaba con objeto de salvar los principios promulgados por ésta, diferenciábase mucho en la forma, revistiendo la República, mientras su predecesora no pasara de la Monarquía, dióse á esto de la forma una importancia capitalísima, lo cual hace que la Gironda, después de haber servido á la primera por sus principios, y la segunda por su forma, pase como una secta ó un partido de traidores á las dos en el juicio de una Historia, escrita sobre las rodillas del combatiente ó del heredero de los combates, entre las horribles sacudidas de un terremoto no concluido todavía y bajo las espesas nubes de pólvora tendidas en un aire todavía no purgado del humo de la

guerra. Que contenían los girondinos complesión y creencia de republicanos, por lo cual no debieron aceptar nunca el gobierno de la Monarquía pasa por axioma indudable; que, al querer democratizar la Monarquía, concluyeron infelices con ella, por modo semi-fatal y semi-deliberado, con una grande conciencia política de lo que hacían y una grande inconsciencia moral de lo que pecaban, también pasa por indudable. Más no lo neguéis, aparecían, como esas esfinges orientales, que ostentan el cuello y el cerebro erguidos al cielo como los hombres, y ocultan luego bajo sus vientres las extremidades enredadas con el organismo animal, con la cola de los leones y la garra de los tigres. Luego se puede pedir cuenta de lo que hacen y de lo que dicen, á los nacidos sobre terrenos firmes, y con el tiempo necesario al desarrollo de sus facultades y á la obediencia de sus vocaciones, pero preguntadle como se mueve. dónde se agarra, qué tabla de salvación escoge, cuál asidero ase, cuántas blasfemias, y oraciones dice aquel náufrago, á quien las trombas del huracán levantan á un cielo sin luz y las espirales del oleaje precipitan en un abismo sin fondo. Ellos hubieran querido salvar la revolución y la Monarquía; pero la implacable lógica de los hechos les había colocado en una bien horrible alternativa; perder la Monarquía si salvaban la revolución, ó perder la revolución si salvaban la Monarquía. Y eran ellos, ante todo, sobre todo, por encima de todo, revolucionarios. El encargo recibido del alma que los animaba, y hasta del poder legal que ofrecían para optar al Comicio y al Congreso y al gobierno era este: salvar la revolución, costase lo que costase. No habían tenido ellos la precaución de Robespierre, que puso en cobro de toda natural aspiración á los cargos públicos mientras duró la Monarquía; ni aquella destreza de Sieyes, que le permitió ejercer de apóstol y Pontífice bajo cuatro formas de gobierno sucesivas y no aparecer Judas de ninguna. Los girondinos, tiernos y dulces y poetas, como el Apóstol San Juan, evangelista del Verbo nuevo, videntes del Apocalipsis monárquico; sin haberse allegado un átomo de interés, pasan por interesadísimos, y sin haber hecho traición á ninguno de sus sentimientos, pasan por traidores. Cuando se preparaba la poética revolución del cuarenta y ocho, el Angel de las escuelas democráticas, Lamartine, después de haber cantado la muerte de Sócrates en sus poemas con elocuencia mayor que la puesta por Platón en sus diálogos, tejió con sus inspiraciones beatas una corona de inmortales ideas, en una Historia semejante á religioso poema, para las sienes de los girondinos, corona, de que los ha desposeído la crítica brutal de nuestro tiempo y el carácter prosaico de la tercera República. Pero colocaos todos en la situación atravesada por ellos y decidme luego en conciencia si seríais mejores que aquellos desgraciados.

La filosofía tan abstracta en los tiempos precedentes á la pasada centuria, se había creído en el caso de trascender, por virtud y obra de una magna elocuencia, condensada en Rousseau, como en escritor alguno, hasta los nervios de la política, tracándola en vidente por medio de los retóricos, cual á su vez la electricidad, recién descubierta merced á una

sorpresa del físico Galvani, se trocaba en maravillosa y milagrosísima por medio de los magnetizadores. Acordaos de lo que fuera la filosofía precedente á la filosofía revolucionaria, con los axiomas, teoremas, postulados de Bacon, y las profundísimas sequedades casi algebraicas del divino Espinosa, y las disertaciones, por sobrias, casi escuetas, del buen Descartes; acordaos de lo que fuera y comparad todo á aquel científico aparato, con las frases pindáricas del profeta Rousseau, con sus sermones entre fisiológicos y religiosos, para mover los pechos de las madres á lactar sus pequeños; con las apologías del estado natural como retrotraimiento á su sencillez, desde las complicadas sociedades modernas; con las exaltaciones del amor expuestas en el carteo erótico de la Nueva Holoisa; con los apotegmas del contrato social y de la soberanía del pueblo, completados por un Cristianismo progresivo, como el brotado de la orden franciscana á los conjuros del iluminado y vidente Abad Flora, Cristianismo, cuyos dogmas idealistas, predicados en una elocuencia inmortal, sostenían así la existencia del Sér Supremo, como la inmortalidad del alma humana, y así las leyes inmutables del Universo, como las leyes providenciales del tiempo y de la Historia. Cuando la filosofía se queda en la mente abstracta, sube al cielo como una evaporación de religioso incienso que luego sustrae del cielo rocío de ideas cuajadas en imperecederas verdades. Pero, cuando quiere pasar al corazón donde no cabe; á la vida, que sólo puede admitirla como admite los átomos de levadura el pan, á los nervios prestándoles sobradas corrientes magnéticas, emborracha; por lo cual adolecían de borrachera idealista todos los revolucionarios, con especialidad, los revolucionarios girondinos. Y al mismo tiempo que les pasaban por los ojos de la inteligencia todas esas visiones de lo porvenir trastornándolos, pasábales por los recuerdos de su memoria todos los personajes históricos de las edades clásicas, cual principios vivos, burlando las leyes del tiempo y apartados de todo cuanto había circunstancial en ellos, cual si fueron inhumanos y sobrenaturales consagrados en una especie de liturgia histórica semejante á las liturgias religiosas. El puñal de Barmodio, que sacrifica los tiranos antiguos; la voz de Aspasia, que recuerda el melodioso acento de elocuencia griega en el zénit de su Atenas; las invectivas del gran Demóstenes, lanzadas sobre Filipo, y del afluente Tulio, lanzadas sobre Antoni; el tribuno con la túnica ensangrentada de Virginia en sus manos; la sangre de Lucrecia cayendo sobre los Reyes; Camilo en los Rostros y Bruto en Filipos; la madre de los Gracos disertando sobre las alturas del cabo Miseno y la hija de Catón en el desengaño suicidándose, habían pasado á prototipos vivientes: y así como todos los revolucionarios hablaban, en una retórica de imitación y escuela, el anticuado lenguaje de los héroes, todos repetían, sin acordarse de las edades pretéritas y de las ideas traídas por una revelación secular, sus acciones y sus gestos. Poned junto á las obsesiones de un porvenir prematuro, las obsesiones de un pasado muerto; junto á ideas legadas con manifiesta importunidad de súbito, personajes históricos resucitados adrede para servir de

modelo y ejemplo á la vida diaria, tan limitada, breve, impura; y decidme cómo se puede habitar en la cuna que no se ha formado todavía ó en el sepulcro que se ha cerrado para siempre, cuando en la política prevalece lo presente, se imponen á todos las transacciones, emborracha y dementa un ideal excesivo, la realidad triunfa, no pudiendo destruirse una costumbre por una ley, ni cambiarse por decretos del Estado una mente colectiva tan alejada de nuestro alcance coercitivo, y de nuestras facultades legislativas, como cualquier sol de los esparcidos en las invisibles nebulosas del espacio. Como en el Renacimiento dominaron las artes y las lenguas antiguas ó clásicas, dominaron en la Revolución también, los tipos de aquella muy apartada política y llegó á crearse, volviendo el religioso culto á la Razón de Estado y al capcioso pretexto de la salvación pública, todo posible á quien porfiaba por dos ídolos como la libertad y la patria, quienes pedían entonces inmolationes y sacrificios, cual aquellos antiguos de víctimas humanas sacratísimos; pues no por bárbaros y crueles, dejaban de ser litúrgicos y aun religiosos. Con tales antecedentes ¿comprendéis ya la escuela girondina? Sus errores y hasta sus crímenes no son perversidades, son desgracias.

A todo lo anterior unid la jefatura de mujer, apasionada como todas las mujeres, y más que todas las mujeres, exaltadísima, la célebre Rolland. En los tiempos críticos y de revoluciones violentas, la mujer aparece con grande influjo sobre la política, como correspondiendo al remonte y agitación del sistema nervioso en una sociedad febril. Ya notó Cicerón, al pronunciar sus catilinarias, como acompañaban al innovador comunista las mujeres, cual Fulvia, quien picó la divina lengua del gran orador con las agujas del moño para castigarlo, no de lo dicho contra su esposo segundo, el general Antonio, de lo hecho contra su esposo primero, el demagogo Clodio. Las carrozas que arrastraban las bellas romanas por el sublime paseo de la Vía Apia imperaban tanto en el Foro como las legiones compañeras de los cónsules y de los tribunos. Al exaltarse la imaginación social por el Cristianismo y la voluntad romana por la defensa de sus viejos dioses, ascendieron desde las Catacumbas á los circos, en busca del martirio, más mujeres que hombres. Renata de Anjou en el Calvinismo, Victoria Colonna en el Renacimiento, Isabel de Castilla en la invención americana, una Tudor salvando el anglicanismo en Inglaterra y una Estuardo perdiendo el catolicismo en Escocia, Catalina de Médicis á la cabeza del movimiento reaccionario en religión, dicen más ellas solas por sí mismas, que todo cuanto pudiéramos decir nosotros sobre la influencia del sexo débil en las formidables crisis sociales. Mas creo excedía en esto á todos los tiempos el tiempo tormentoso de la Revolución. Aquellas mujeres, que, pica en mano y blasfemia en labio, transportaron la monarquía de Versalles, donde sólo estaban la corona y la corte, á París, donde sólo estaban el pueblo y la revolución; aquellas otras idas desde las manifestaciones callejeras á los clubs políticos, entre varias, una tan célebre como la Mirecourt; el número infinito de conspiradoras en el ejército de las

clases emigradas á Coblenza; las diplomáticas de los monárquicos amaños contra Francia; las calceteras del patibulo sangriento mezcladas con la señora del salón literario; Antonieta en palacio á la cabeza de todos los factores realistas; la princesa Lamballe en Londres tratando con Pitt de salvar la dinastía Borbón en París, tan enemiga de los Hannoveres, pero tan sustentada por Jorge III en su odio á la democracia; una escritora como Madame Genlis de musa en la fracción orleanista; otra como madame Staël de musa en la fracción parlamentaria y constitucional; por las conferencias y sesiones mesmeristas las vírgenes vestidas de blanco y acostadas en lecho de rosas prometiendo edenes como los regocijados por las huries musulmanas, entre crepúsculos debidos á iluminaciones miseriosas; las damas de San Amaranito convirtiendo los salones de juegos prohibidos en salones de asambleas científicas; ante y sobre todo madame Rolland, hija de un industrial modesto y elevada por su genio á la cabeza de un partido gobernante, con propósitos de renovar el Contrato social y reproducir en su vida, no las mujeres evocadas por Plutarco en sus biografías, los hombres aquellos inmortales; tan hábil para escribir páginas que hubiera podido firmar el inspirado Rousseau como para pronunciar discursos que hubiera podido repetir Vergniaud, el primer orador de la Gironda; tantas y tantas mujeres, como seguían á estas de primera línea, explican muchas sobreexcitaciones revolucionarias y reaccionarias como las sonrisas y las miradas de sus Reinas en los torneos explican muchos combates y muchas muertes. Madame Rolland nació con facultades eximias y extraordinarias que lejos de dominar ella con una voluntad serena y someter al raciocino frío, indispensables para subir hacia las alturas del Estado y ejercer las funciones de gobierno, sobrescataba en la conversación inacabable con hombres superiores y en el continuo contacto con las centellas de ideas tonantes, en tal sazón esparcidas por los tormentosos senos del espíritu público. Aquella excitación propia de sus nervios, sobreexcitada todavía más por el estado eléctrico del alma popular, mucho pudiera servir de suyo á una vidente y á una profetisa, pero servía bien poco á quien como ella se había propuesto desde su niñez aparecer como una estadista y una gobernante. Para gobernar se necesita paciencia, y aquella señora sólo tenía impaciencia; se necesita calma, y aquella señora era, como decimos nosotros hoy, un manojo de nervios, lo cual quiere decir, un manojo de rayos; se necesita frío raciocinio, y aquella señora sólo concebía en sí caldeadas intuiciones; se necesita un espíritu de conciliación y aquella señora guardaba en el fondo natural suyo un temperamento de combate. ¡A cuántos repúblicos, útiles para su magna obra de una extrema complicación alejó del cenáculo de sus conferencias y del batallón de su partido cualquier corazonada suya, en la imposibilidad completa de imperar sobre internas emociones, sobre antipatías y simpatías, las cuales cualquier hombre dominara con grandísima facilidad! Cómo, invocando siempre á su esposo el sabio y estoico Rolland, queriéndolo cuanto una joven puede amar á un viejo en cualquier matrimonio de razón y no de amor, lo ponía en ri-